

Ceremonia de entrega de las insignias de doctor *honoris causa* al Sr. presidente Mijaíl Serguéyevich Gorbachov*

Señor presidente, presidente de la Unión de las Repúblicas Socialistas
Soviéticas;
señor ministro de la educación nacional, estimado colega;
señor representante del primer ministro;
señora;
señores embajadores;
señores miembros del Instituto;
señor rector de la Academia de París, canciller de las universidades;
señor presidente de la Universidad París I Panteón-Sorbona;
señoras, señoritas, señores,
mis estimados colegas:

Si lo saludé, señor presidente, con el título de presidente de la URSS, es
que es usted el primero y el último en tener este título. Bastaría con
esto para enseñar el papel singular que tuvo en la historia de su país,
pero, aunque me aconsejaron ser breve —lo que no sé hacer bien—,
esta semblanza de su carrera sería, creo yo, un poco lapidaria para el

* En la Sorbona el 12 de diciembre de 2001. Elogio del beneficiario por el profesor Jean-Claude Colliard, miembro del Consejo Constitucional.

Ceremonia de entrega de las insignias...

elogio que, por medio de mi persona, la Universidad le quiere expresar hoy en estas circunstancias solemnes.

Nos ocurre, de vez en cuando, hacer doctor *honoris causa* de nuestra Universidad a políticos durante una visita oficial. Normalmente por solicitud insistente del Ministerio de los Asuntos Extranjeros. Es un poco forzado, pero lo aceptamos, solo cuando la persona referida lo amerita. ¡No tenga usted inquietud en torno a la calidad de la compañía en la cual estará, se la acabamos de presentar!

Sin embargo, no nos encontramos hoy en esta situación, pues ya no ejerce usted funciones de Estado; no obstante, es con toda sinceridad que quisimos aceptarlo entre nosotros. El presidente Michel Kaplan, eminente especialista de la historia bizantina —disciplina mediante la cual acaba de enseñarnos que es más semejante a la kremlinología de lo que pensábamos—, aceptó confiar a la Comisión de Especialistas en Ciencias Políticas que presido llevar a cabo esta voluntad, lo que me permite tener el honor de ser su padrino. Por unanimidad, la Comisión y después el Consejo de la Universidad decidieron conferirle este grado, la más alta distinción que podemos otorgar. Significa que queremos compartir con usted de lo que estamos más orgullosos: nuestro grado de doctor de la Universidad. Y eso sin pedirle la redacción de una tesis, pues consideramos que su obra política vale por ella. Esto lo llamaríamos, en nuestro vocabulario tecnocrático actual que tanto le gusta a nuestro Ministerio, la validación de la experiencia profesional.

Esta decisión, me toca decirles a todos los que ya están plenamente convencidos, toda vez que quisieron acompañarnos en esta ceremonia, es para ver en qué se justifica la obra que se evoca. Hubo labores más difíciles; sin embargo, lo que me toca recordarles es la ley de este género, una vida que conoce usted, desde luego, más que yo y una voluntad de la cual será, en unos momentos, un mejor intérprete. Cabe, pues, pedirle indulgencia para las palabras que voy a pronunciar, a fin de recordar su carrera, su acción como jefe de Estado y las lecciones que podemos, según yo, guardar o preguntarle.

Sus inicios, señor, se encuentran en un lugar que tiene un nombre tan exótico para nosotros como familiar para usted: Stávropol, en el norte del Cáucaso, donde creció y tuvo sus primeras responsabilidades políticas, y que dejó solo para empezar su ascensión en las esferas políticas del Estado.

Nació usted el 2 de marzo de 1931 en la región de Stávropol, más precisamente en el pueblo de Privolnoé. Si cito este detalle, es porque esta palabra se puede traducir, creo, por *libertad*. El signo merece destacarse, aunque no brilla mucho, ya que aquel año fue el de la colectivización forzada de las tierras, especialmente en el Cáucaso Norte. Su familia, favorable al ideal revolucionario, participó en ella; su abuelo Andrei se volvió presidente del Koljoz y su padre Serguei fue el primer tractorista. He aquí un origen proletario y militante que califica —aún más si lo apoyan, como en su caso, dones personales— para ser la encarnación del hombre nuevo que el Estado soviético necesitaba, con la condición de pasar las pruebas, que empezaron temprano, ya que su región fue ocupada por el ejército nazi cuando tenía apenas 11 años, lo que interrumpió sus clases. No obstante, las retomó rápido y, después de tener la felicidad de ver de nuevo a su padre —herido, pero vivo, en Polonia—, obtuvo, en 1950, el certificado de madurez, lo que equivale a nuestro bachillerato, aunque este término es más elocuente.

Aunque ignoramos el detalle de sus calificaciones, quédese tranquilo, no cuentan para la atribución del grado que le otorgamos hoy, pero debieron ser satisfactorias, pues empezó su carrera inmediatamente en la Universidad de Moscú. Eligió usted la carrera de Derecho, lo que nos conmueve especialmente a mis colegas juristas y a mí, debido a que es la razón por la cual nos conocemos bien. Suele decirse en Francia que uno estudia Derecho cuando no sabe muy bien qué hacer, y parece que es un poco su caso. Tuvo usted la tentación de estudiar Física, pero el horizonte es estrecho —digo eso porque no tenemos físicos en nuestra universidad— para una mente como la suya, que atraviesa todas las curiosidades. De todos modos, el Derecho es también Montesquieu, Rousseau y la teoría marxista del Estado, que no carecen de interés. En 1955, entonces, fue usted jurista diplomado, militante y también, desde 1952 —fecha de su afiliación al partido comunista—, responsable del Komsomol de la Facultad. Desde esa época está trazado su camino: la política y la toma de responsabilidad en el partido. Esta elección puede parecer extraña, pero el partido es también la otra administración del país, pues su decisión casi equivale —más la ideología— a la de un joven francés de aquella misma época que elegía la carrera pública prefectoral. Y lo hace aún con más ganas. Una vez que Stalin murió en 1953, presintió la distensión

Ceremonia de entrega de las insignias...

que ocurriría con Jrushchov; dijo usted después el interés que tenía por su acción y sus límites.

El partido lo manda a Stávropol, su casa, para dirigir un servicio del Comité del Komsomol en la ciudad; al año siguiente, en 1956, es usted nombrado primer secretario. Sus primeros pasos son rápidos; los que siguen, también. Sube todos los escalones de la jerarquía local para volverse, en 1970, primer secretario del territorio. Simultáneamente a sus funciones locales, se añaden las primeras responsabilidades nacionales: a sus 30 años, en 1961, es delegado en el Vigésimo Segundo Congreso, en el cual escuchó el famoso informe de Jrushchov relativo a la *desestalinización*. El primer secretario de aquella época en Stávropol, Kulakov, quien sin duda lo llevó ahí, es elegido como titular en el Comité Central y se vuelve, después de la caída de Jrushchov, responsable del sector agrícola del partido. Seguramente con la esperanza de asistirle un día, crece mucho su interés por el tema, convirtiéndose, según lo que entendí, en un especialista en el encalado del suelo y del barbecho, así como en el inspirador de algunas reformas importantes en este sector vital para la economía del país.

En 1970 lo sucede como primer secretario del territorio, cuando accede al Politburó; también se vuelve diputado en el Soviet Supremo, y, durante el Vigésimo Cuarto Congreso, miembro titular del Comité Central. Se mezclan, entonces, lo nacional y lo local. Sin embargo, lo primero le gana a lo segundo cuando, en 1978, a los 47 años, se vuelve usted secretario del Comité Central en lugar de Kulakov, quien antes de morir supo llamar la atención de personajes influyentes en usted, como Suslov y Andropov, también de Stávropol.

Es con su apoyo que se vuelve, en 1980, el benjamín del Politburó; con 49 años, tiene usted 20 años menos que la edad promedio de los miembros del grupo dirigente. En noviembre de 1982, con la muerte de Brézhnev, es Andropov quien se vuelve primer secretario. Tiene con él una relación de amistad y es uno de sus principales tenientes, de tal manera que se empieza a evocar su nombre como posible sucesor cuando muere, en 1984.

Me detengo ahí un momento. Ocurre que tuve la oportunidad, como representante del presidente François Mitterrand, de asistir con el primer ministro Pierre Mauroy a las exequias de Andropov. Asombroso espectáculo en que la Plaza Roja con el pueblo —todo el pueblo,

como se decía en aquella época— fue organizado en cuadros de 100, mejor, de 1,000 personas. Es tan grande que incluía el cuadro de los obreros, el de los granjeros, el de los marineros, el de los sindicatos y muchos más, inclusive creo que también había un cuadro de los artistas. Para presidir al pueblo y la ceremonia, parados en el mausoleo del fundador, los miembros del Politburó vestían con abrigo gris y sombrero blando; estoy seguro de que usted se encontraba ahí con esta vestimenta. Y durante esta ceremonia glacial —en todos los sentidos de la palabra, ya que era febrero, aún lejos de las lilas del mes de mayo—, la esposa de Andropov, aunque tal vez confundo con las exequias de Tchernenko, dejó a un lado la guardia para ir a besar por última vez al difunto que se encontraba en su ataúd abierto. A mí me pareció bendecirlo con su crucifijo... La pena fue extraña y la ceremonia también, en que se dejaba, como lo quieren las Escrituras, a los muertos sepultar a los muertos.

Luego, la política siguió de nuevo su curso natural y en los salones del Kremlin, donde se recibieron las delegaciones extranjeras, fuimos informados acerca del posible sucesor. Nos los dijo con certidumbre un miembro del Comité Central, quien comentó: “Esta vez será Tchernenko, pero no durará, y después será Romanov o Gorbachov, uno de los dos”. El pronóstico fue perfecto: el último ímpetu de los leales de Brézhnev o la última concesión que se les otorgó; Tchernenko, ya muy enfermo, fue electo y murió un año después y el 11 de marzo de 1985, el Comité Central lo eligió como primer secretario *edinodouchno*, es decir, de una sola alma, lo cual, según los sabios comentaristas, significa que a la unanimidad final se añade el entusiasmo. Por lo que ya a los 54 años está en la cima del poder, lo que no sucedía a tan temprana edad desde hacía mucho tiempo.

¿Cuáles pueden ser sus sentimientos en ese momento? ¿“Por fin las dificultades empiezan”, como les gusta decir a los revolucionarios que realmente quieren transformar el mundo —no es siempre el caso— y tienen, por fin, el instrumento del poder? Más seguro, tenía en la mente la contradicción fundamental, figura familiar para los que fueron formados en la dialéctica que Henry Kissinger resumirá con esta fórmula: “Si Gorbachov no hace nada, vendrá la crisis económica; si hace algo, será una crisis política”. Pero no se encuentra en su carácter el no hacer nada y la crisis económica —ya sabía, por su experiencia en

Ceremonia de entrega de las insignias...

la agricultura— existía tan solo porque los gastos militares eran dos o tres veces más importantes que lo que se reconocía oficialmente, hasta 40% del presupuesto del Estado, como lo especifica en sus memorias. Debería haber un cambio. Su política del cambio la organizó a partir de dos palabras esenciales, rápidamente populares hasta volverse parte, también en Francia, del lenguaje común: *glasnost* y *perestroika*. Obtuvo usted cierto éxito, hasta que su acción estalló contra las dificultades que enfrentaba el país.

Su primera política, *glasnost*, la inició inmediatamente. Sintió que se debía dar más libertad a este pueblo inmenso harto del silencio y del conformismo, al cual se le pidió vivir 70 años de sacrificios para construir el socialismo —ahora ese pueblo teme que se le pida hoy lo mismo para establecer el liberalismo—, y vio que se necesitaba crecer económicamente para alcanzar y rebasar la brecha con Occidente. Lo vio bien y lo entendió usted inmediatamente, porque empezó una cierta forma de globalización, la de la información, ya que las obras de los disidentes y las imágenes de las televisiones se multiplicaron y ya no se podía hacer creer más en el paraíso soviético, opuesto al infierno capitalista. Entonces, eligió la transparencia: la información fue más libre, se acabó la represión, se proclamó la libertad de conciencia y de religión. Fue la apertura, el fin de los tabúes y la autorización de la crítica. Los hechos le dan la razón, si se considera la espectacular progresión del número de periódicos publicados de una prensa que no fue suficientemente rápida; según usted, le reprochó en enero de 1987 su “falta de espíritu de principio y de audacia”.

Ello será su principal éxito; nota en sus memorias: “di la libertad a la gente”. El jefe de Estado que puede con legitimidad decir esto es feliz; no son muchos y este sencillo hecho sería suficiente para honrarle.

Pero esta transparencia develaría, lo sabía bien, los defectos del sistema y la necesidad de una reestructuración se volvió evidente: fue su segundo objetivo, la *perestroika*, que logró concretar con su aplicación en todos los sectores de la sociedad. La hizo el principio fundador o, mejor dicho, el refundador en todo en el libro que publica usted en 1987, *Perestroika, nuevo pensamiento para nuestro país y el mundo*. Es el tiempo de las reformas económicas, pero, lo reconocerá usted, tuvo que retroceder durante el otoño de 1988 ante la oposición sumada de los conservadores y de la opinión pública manipulada por los populistas. ¡Tendrá más éxito con la reestructuración política!

Jean-Claude Colliard: profesor, constitucionalista, juez electoral y hombre honesto

Su proyecto no fue pequeño: se trató nada menos que de quitar el poder al Partido Comunista para transferirlo a asambleas electas libremente, definidas por la reforma constitucional de 1988, en las cuales el partido tendría naturalmente su lugar, pero no incluiría todos. Las elecciones del 26 de marzo de 1989 fueron por primera vez competitivas y varios candidatos oficiales fueron derrotados por reformadores que lo apoyaron y nacionalistas acompañados por el peligro. Este estado se reflejó rápidamente en el derecho y, en marzo de 1990, el Congreso del pueblo decidió modificar el famoso artículo 6 de la Constitución; el pluripartidismo fue oficialmente reconocido. Ello tuvo consecuencias considerables, sobre todo para usted: como el Partido Comunista ya no era la fuerza dirigente de la Unión Soviética, su secretario general no tenía más vocación que ser su principal dirigente. Necesitó, entonces, separar el partido del Estado y asentar su poder en su función en este. Por lo tanto, el mismo Congreso votó para crear la figura de presidente de la Unión y lo eligió a usted como tal, por cinco años, el 14 de marzo.

Sin embargo, quedó usted al mismo tiempo como secretario general del partido. Por una amplia mayoría, el Congreso le permitió tener campo de acción. Ahí también se apresuró para transformarlo y adaptarlo a su nueva función. Fue durante el Vigésimo Octavo Congreso, en julio de 1990, cuando ganó una victoria amplia contra los conservadores. Parece que le gusta citar un verso de Maïakovski: “solo el partido no me traicionará”. Temo que muchos murieron, y tal vez Maïakovski mismo, por haber creído en ello, pero ese día sucedió. Y usted —como lo notó en sus memorias: “la degeneración de los partidos revolucionarios en partidos conservadores es inevitable”— pudo creer, en ese mes de julio, haber podido cambiar el curso de esta historia. La reestructuración política era, en efecto, considerable, pero generó pasiones que se revelaron sin tardar. Es lo que presintió François Mitterrand durante la visita que le hizo usted en octubre de 1985, y en la cual recuerdo haber tenido el honor de ser presentado. Según lo que dice Andreï Gratchev en el libro que le dedica, habría dicho después de este encuentro: “Este hombre tiene planes asombrosos, pero ¿se da cuenta de las consecuencias que pueden tener sus planes si los realiza?”. Lo escuché decir las cosas de manera más metafórica:

Ceremonia de entrega de las insignias...

Gorbachov —es una cita, ya que no me permitiría hablar de manera tan familiar a usted, estimado Mijaíl Serguéyevich— estuvo en la situación de alguien que ve una mancha en su pared y decide pintarla. Pero, preparando el fondo, se dio cuenta de que si hay una mancha, es que un ladrillo se despegó y, cambiándolo, que la pared se bajó [...] y, subiéndola, que los cimientos se hundieron.

Mientras más avanzaba usted en la reestructuración, más se manifestaba la fragilidad de los cimientos. Y estos cimientos son los de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Dando la libertad y el sufragio, de cierta manera quitó la tapa y bajo ella apareció lo que llamaría el burbujeo étnico en el Alto Karabaj, en los países bálticos y en muchos otros.

Como si lo que solemos llamar con la apelación despreciativa de superestructuras, las religiones y las nacionalidades demostraban con su vitalidad su permanencia. Entendió usted muy rápido el peligro mortal que se encontraba ahí. Suelo citar a mis estudiantes, cuando hablamos de estos problemas, la oración de Renan: “La nación es la voluntad de vivir juntos”. ¿Todavía existe esta voluntad en la Unión Soviética, cuando cada república elige su Parlamento y a su presidente o se prepara para hacerlo? Entendió que se debía refundar la Unión, para lo cual acordó organizar un referéndum en torno al proyecto de una Unión renovada: la respuesta masiva para un sí la obtuvo el 17 de marzo de 1991. Sin embargo, 6 repúblicas de un total de 15 se rehusaron a organizarlo. Para salvar lo que se pudiera, logró un acuerdo respecto a un proyecto de 9+1, nueve repúblicas y la Unión, pero lo obtuvo sin el entusiasmo requerido, sobre todo por parte de Rusia, encabezada por Yeltsin, quien no entendía por qué se debía someter a otro poder. En esta lucha inevitable tuvo usted apoyos; recuerdo todavía a Jean-Pierre Cot, profesor de nuestra Universidad y, en aquel entonces, diputado europeo, quien apostrofaba al presidente de Rusia diciéndole que tenía la confianza depositada en usted y no en él. Dos días antes de la firma prevista empezó, no por casualidad, el golpe de Estado del 18 de agosto; aunque fracasó lamentablemente, enseñó la amplitud de los desacuerdos y el desconcierto de la opinión. En lugar de la Unión con la cual soñaba, el 8 de diciembre Rusia, Ucrania y Bielorrusia decidieron la creación de una Comunidad de Estados Independientes. ¿Qué le quedaba para manifestar su oposición más que renunciar a la presidencia de una

Unión que no existía más? Y es lo que hizo el 25 de noviembre de 1991, con inquietud, dice usted, pero también con esperanza.

La esperanza no está en la CEI. Me tocó con mi colega Michel Lesage, que conoce y sabe todo acerca de la URSS, visitar su sede en Minsk: un gran salón de conferencias vacío y oficinas vacías, al cual no se le podía considerar ni siquiera como un embrión de una administración.

La esperanza fue, sin duda, la de participar de nuevo en el combate político, galardonado por el Premio Nobel de la Paz. Crea usted, en enero de 1992, la Fundación Gorbachov, a la cual se dedica hoy en día después de haberse dado cuenta nuevamente, durante la elección presidencial de 1996, de la ingratitud que acompaña a los que trataron de cambiar la historia de su país.

Una prueba aún más terrible ocurre con la desaparición de Raísa, la pareja de toda su vida, desde la universidad hasta la época de los días felices. Ella había sabido encantar a la gente en Occidente y los corazones hasta la época de crisis. No se pueden leer sin emoción las páginas de su diario durante el golpe de Estado del mes de agosto, que publicó en sus memorias. Encontré un solo reproche por parte de ella en contra de usted: no tuvo tiempo de encontrar un pequeño terreno dónde instalar la colmena que quería regalarle Danielle Mitterrand. Permítame, aunque despierte un recuerdo doloroso —pero no lo abandona y usted tampoco, señora—, asociarla al homenaje que le manifestamos.

Tiene, señor presidente, la nostalgia de la Unión. Aunque pueda esto sorprender, querría decirle que lo entiendo. Fue, en el mundo bipolar que conocimos durante mucho tiempo, la otra potencia, con sus grandezas y sus sombras. Entre las primeras, los sacrificios heroicos del pueblo soviético durante la guerra, y menos lo olvido, ya que mi padre también fue profesor en esta Universidad, fue liberado de su campo de prisioneros por el Ejército Rojo, hacia el cual tenía un cierto reconocimiento, lo que le permitió regresar a Francia.

De ahí, después del plazo común, mi nacimiento, que me asocia a este reconocimiento. Pero las sombras también y la terrible realidad del gulag; se dijo, en torno a los atentados del 11 de septiembre, una frase que me impactó: “El que mata en nombre de Dios, mata dos veces”. Qué decir en cuanto a los que matan en nombre del amor del hombre. Es a su honor, señor, haber acabado con ello y haber rehabilitado, en un acto simbólico, a las víctimas de las purgas y deportaciones.

Ceremonia de entrega de las insignias...

Me queda resumir, en unas palabras, las lecciones que podemos deducir de su acción: la paz, la voluntad y la cuestión del socialismo democrático.

La paz fue el entramado permanente de su acción. Leí que cuando llegó al poder, en 1985, tenía una pequeña ficha que contenía cuáles serían los tres ejes de su política internacional: salir de Afganistán, terminar la carrera armamentista y mejorar las relaciones con Estados Unidos de América y China. Cumplió este programa cabalmente.

Afganistán todavía ocupa la parte trágica de nuestra actualidad. Parece que Engels había hecho de este país el ejemplo de la guerra colonial que no se puede ganar. Seguramente, aunque Suslov vivía aún, no se leía más Engels en el Politburó de diciembre de 1979, cuando se tomó la decisión de intervenir, y aún menos Kipling, que hizo desaparecer al hombre que quiso ser rey... Era por el internacionalismo proletario, pero qué tipo de proletario respecto al modo de producción asiático; era por el ansia eterna de los mares cálidos, es lo que explican los expertos en geopolítica, pero no tengo confianza, ya que son más en nuestra Universidad que los mares cálidos en Afganistán. No sé, pero el resultado fue catastrófico. Lo entendió inmediatamente y ordenó la retirada, que se llevó a cabo al inicio de 1990, dando el tiempo necesario al ejército para aceptarlo y prepararse.

La paz ocupó de nuevo el centro de su comprensión del mundo durante el gran discurso ante la Asamblea General de la ONU en noviembre de 1988, en el cual argumentó que se debía poner al hombre en el centro de los equilibrios para buscar en las relaciones entre los estados. Todo ello fue reconocido y entendido, ya que recibió usted, lo que es raro para un jefe de Estado en cargo, el Premio Nobel de la Paz en otoño de 1990.

En cuanto a la reducción de los armamentos, basta con recordar que fue el principal actor del tratado de 1987, relativo a la eliminación de los misiles de alcance medio en Europa. Solo podía ocurrir una mejor relación con las grandes potencias después de ello, como fue el caso.

En torno a la voluntad, ya dije que se requería mucha para atreverse a pensar en transformar una sociedad tan profundamente fija como la soviética después de Brézhnev. Enseñaré otro ejemplo, aquí mismo, señor presidente, ya que es usted un habitual de nuestra Sorbona. Durante

Jean-Claude Colliard: profesor, constitucionalista, juez electoral y hombre honesto

un viaje a Francia, en julio de 1989, durante la celebración del Bicentenario de la Revolución, encontró, en nuestra aula magna, a intelectuales, profesores y estudiantes, a quienes les dijo las que debían ser las exigencias políticas de la época: el control del desarrollo, compartir con los países pobres, la tolerancia y la libertad. Nada de ello caducó. Como le decía François Mitterrand durante su visita anterior: “Si logra cumplir lo que espera, ello tendrá consecuencias mundiales”.

Estas consecuencias, señor, me gusta pensar que podrían ser la definición de un socialismo definitivamente reconciliado con la libertad, de la cual nunca habría debido apartarse. Piensa usted mucho en ello, por lo tanto, en julio de 1991, cuando se dedicó a transformar el Partido Comunista, adoptó un proyecto de programa para un socialismo democrático humano. Es un poco difícil en este inicio de siglo XXI, que me perdonen al decir esto en esta Sorbona, que ha hablado tanto de ello —Manes de Labrousse, no escuchen— pensar este socialismo.

Ya sabemos que no es más la apropiación colectiva de los medios de producción, aprendimos que no puede ser solo la redistribución fiscal, entonces ¿qué es? Rehúso a creer que podría ser la sencilla suma libertaria de las reivindicaciones comunitarias. Vi con interés que acaba de fundar, hace unas semanas en Rusia, un partido socialdemócrata. Tenemos como costumbre proponer a nuestros doctores jóvenes una investigación posdoctorado; me gustaría proponer este tema para la reflexión del nuevo doctor que es usted. Una gran tarea le espera.

Termino regresando, como se debe, al inicio. Dijo usted: “Desde mi niñez, quería asombrar el mundo”. El mundo entero lo asombró y fascinó durante años. Uno de nuestros poetas —o uno de ustedes, que también son grandes; cuando se dice *un poeta* es que no se sabe cuál, lo que es mi caso hoy—, un poeta, pues, dijo: “El hombre que no decepcionó al niño que se encontraba en él puede felicitarse de haber logrado su vida”. Por lo tanto, señor presidente, aunque piense, y nosotros con usted, su destino inacabado, supo hacer lo que quería hacer el joven Mijaíl Serguéyevich de Stávropol. Logró su vida.